

LA MEDIA HORA DE SEBASTIÁN CONSTANTINO

Sebastián Constantino entró despacio a la cantinita de madera, cuyas puertas se abrían directamente sobre el ancho platanar. Afuera, el sol pesado y lento caía sobre las hojas, tendidas para recibirlo; y al pisar el pasto verde y enroscado se sentía la vida que palpitaba dentro de la tierra, pero en la negrura agria y olorosa de la cantina se presentía la muerte.

Se estaba bañando en el río cuando le fueron a decir que el Cuarenta y Cinco había llegado a la cantina, y sin secarse se vistió aprisa y vino, acomodándose la treinta y ocho Colt mientras andaba. Entre el platanar, donde nadie lo veía, se aseguró de que la pistola estaba cargada y, al ver las ruedas brillantes de los cartuchos con su centro rojo, sintió un miedo rápido que le corría por la columna vertebral mientras su mano maquinalmente apretaba la culata reconfortante de la pistola. Sus dedos sintieron las diecisiete rajadas que había hecho con una lima de afilar machetes: cada una equivalía a un cristiano quebrado.

«Ahora —se dijo, tal vez por desvanecer completamente ese miedo que, sin quererlo, había sentido— tendré que pedirle su lima a mi compadre para hacer otra rajadita.»

Al entrar en la cantina interrumpió estas ideas, que le parecieron tontas para tal momento. En la penumbra, sus ojos, acostumbrados al sol de afuera, apenas si distinguían los bultos. Notó a un grupo sentado en el portalito de atrás y oyó risas alternadas con groserías, pero en el mostrador no había nadie; y allí se detuvo, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la semioscuridad. Apoyando los codos y la espalda en la tabla sucia y viendo hacia afuera, los bebedores le quedaban a la izquierda; y así estaba bueno: le era fácil disparar hacia ese lado.

De atrás del mostrador surgió el cantinero:

TRÓPICO

—¿Qué vas a tomar? —preguntó maquinalmente; y luego, empinándose sobre el mostrador para que su voz insinuante y queda llegara a oídos de Sebastián, agregó—: Allí está el Cuarenta y Cinco con unos amigos.

—Déjalo —contestó Sebastián bruscamente, disgustado por el tono del viejo—. Déjalo y dame comiteco del fino.

Mientras tomaba su copa a pequeños sorbos y sentía el líquido, que le quemaba por dentro como un sol fuerte sobre la espalda combada en el trabajo, pensó que una bala debería quemar así, profundamente, a través de todo su oscuro camino, para irse a detener donde los doctores no pudieran encontrarla; y, al pensar en la bala, volvió a sentir ese miedo rápido.

De pronto pensó que nada tenía que hacer allí. ¡Qué les importaba a los peones de la plantación si el Cuarenta y Cinco estaba o no en la cantina y si había entre ellos algunos asuntillos pendientes! Todos los hombres parecían estar atentos, todos tenían ganas de sangre; y los presentía rondando en el patio de atrás, a la espera de oír los tiros y las blasfemias, apostando tal vez como en una pelea de gallos. El mismo cantinero insinuaba que allí estaba el Cuarenta y Cinco, como diciendo: «Debes matarlo».

Pero, en verdad, ¿debía matarlo? Así lo había creído siempre, así lo había anunciado mil veces. Cuando un hombre ha matado al hermano de uno, cualquiera que haya sido el motivo, uno tiene que matarlo, y más cuando se es un hombre valiente como Sebastián Constantino, que ha quebrado a diecisiete cristianos a la buena, sin contar tres madrugones de los que nadie sabe nada.

«Tengo que matarlo porque soy un hombre macho —pensó—: tengo que matarlo porque lo he prometido, porque él mató a mi hermano; y así debe ser. Pero si yo no lo hubiera encontrado, no tendría por qué matarlo; y no había ninguna necesidad de que yo lo encontrara. Pero toda la gente quiere que lo mate, todos se han puesto de acuerdo para ello, han espiado su llegada, me han ido a avisar hasta el río, me han empujado hasta la puerta como a un gallo en el palenque. El mismo cantinero, que ya está vie-

LA MEDIA HORA DE SEBASTIÁN CONSTANTINO

jo y debería tener juicio para evitar que haya pleitos, quiere que lo mate. Está bien, lo mataré; pero tal vez no se lo merezca: si él mató a mi hermano, mi hermano había matado a muchos y merecía su fin. Éste tal vez no sea tan malo como lo pintan: probablemente es un hombre como yo y podría ser mi mejor amigo; y ahora puede ser un mal momento para que lo agarre la muerte.»

Le daba lástima el Cuarenta y Cinco con todo y que había matado a su hermano, con todo y su fama de matón despiadado y su enorme pistola, que le había valido el mote que llevaba como título de gloria.

Atrás del mostrador volvió a aparecer el cantinero. Le sirvió más comiteco, sin preguntarle si lo quería, y le dijo al oído:

—El Cuarenta y Cinco ya sabe que estás aquí. Está tomando aguardiente blanco.

Otra vez un miedo rápido corrió por la espalda de Sebastián Constantino. Todos querían que matara a su enemigo, y él no quería matarlo, pero, como se había creado ya una fama de hombre macho, de hombre de clase, ahora tenía que cumplir por más lástima que sintiera. Pero ¿y ese miedo que tres veces le había corrido por la espalda? Tal vez lo que sentía no era lástima por su enemigo, sino miedo por sí mismo. ¡Eso era! Tenía miedo, un miedo terrible. No quería oír el estampido de las pistolas ni sentir el olor acre de la pólvora; no quería el grito ni la sangre.

Afuera, el platanar se dibujaba tranquilo contra la pared de la sierra. Y allí quería estar Constantino, entre las matas frescas: allí debería estar si no fuera por toda esa gente que se mete en lo que no le importa. Siempre había creído que el deber de los vecinos era evitar los pleitos, pero ahora veía que no, que su gusto era provocarlos, empujar a un hombre hacia ellos para luego compadecer al muerto, atacar al triunfador, meterlo en dificultades con la policía y, de ser posible, lincharlo. Esto ya lo sabía por sus experiencias anteriores, pero nunca se había dado cuenta del inminente papel que los vecinos desempeñaban en toda la combinación. Ahora, al comprenderlo, sintió un odio sordo contra ellos y

TRÓPICO

tuvo ganas de acometer al cantinero viejo en lugar de al Cuarenta y Cinco. ¿Por qué habían de echarlo a que se matara con otro hombre cuando él prefería estar entre las matas de los platanares, viéndolas crecer, sintiendo su vida? Él amaba el campo, amaba las plantas fuertes como símbolo de la vida que nace de la tierra, de la vida que él se había acostumbrado a segar.

A través de la puerta, el platanar tranquilo y lleno de luz era una invitación para Sebastián Constantino. A punto estuvo de aceptarla. Ya había soltado cuidadosamente, para que sonara, la moneda en el mostrador; y ya iniciaba el paso hacia la puerta cuando entre el murmullo de voces se destacó clara, fría y precisa esta frase que lo detuvo:

—Hay hombres que ven la ocasión y la dejan.

La alusión era directa para él y la sintió como un latigazo que hizo que su sangre macha corriera más aprisa. Tranquilamente se volvió a apoyar en el mostrador, la mano cerca de la culata del revólver y, con voz atiplada y falsa, canturreó lo bastante fuerte para que se pudiera oír en la mesa:

—Hay hombres que andando juntos luego se sienten valientes.

Se hizo un silencio pesado, lleno de posibilidades. Sebastián, sin volverse, se dio cuenta de que todos habían entendido su intención, de que lo miraban y miraban al Cuarenta y Cinco acechando el momento oportuno para levantarse y dejar el campo despejado.

«Tal vez ahora —pensó Sebastián— va a atacar: se adelantará, preguntará si lo provoco, habrá tres o cuatro frases ambiguas y luego los estampidos. Eso ya me ha sucedido muchas veces y siempre he salido bien.»

Esta idea lo reconfortaba como un vaso de aguardiente cuando hace frío. No había razón para que ahora le pasara algo, en esta ocasión tan especial en que la justicia estaba de su lado, en que fungía como el vengador de la muerte de su hermano; pero tampoco había razón para que no le pasara nada, y era la primera vez en su vida que sentía ese miedo rápido ante un hombre.

LA MEDIA HORA DE SEBASTIÁN CONSTANTINO

Sonó una botella puesta fuertemente sobre la mesa, y Sebastián pensó que ya se iba a levantar el otro, pero no pasó nada: sonaron risas y la conversación se reanudó.

«Tal vez no me estaban provocando con la frase —pensó— y no entendieron mi canción. Más vale así porque, en verdad, hoy no tengo ganas de matar; aunque haya matado a tantos, hoy no quiero: es un crimen hacerlo cuando el sol brilla tan limpio sobre la sierra y la costa, cuando los platanos ya se inclinan con el peso de la fruta, cuando apenas empieza la temporada de secas, o sea, el tiempo de vivir, de divertirse, de bailar en las ferias y cosechar el fruto de todo un año de trabajos. Decididamente, sería un crimen matar a un hombre en un día así.»

Esto pensaba Sebastián Constantino, pero en el fondo de su alma sabía que lo que sentía no era lástima por el hombre al que pretendía matar, sino miedo por sí mismo. Trataba con todas sus fuerzas de huir de esa idea del miedo, pero se le aferraba dentro y no quería dejarlo, le crecía en la garganta, lo ahogaba ya.

«Yo creo que voy a gritar», pensó, y para evitarlo tosió fuerte y escupió en el suelo; pero el platanar lo seguía atrayendo: allí quería estar, y no en la cantina sucia, con la muerte enfrente; allí debería estar si no fuera por los malditos vecinos, que siempre andan con sus chismes.

De pronto recordó que él se merecía todo esto, que él mismo se lo había buscado. Si los vecinos le avisaban que allí estaba su enemigo era porque él los había acostumbrado a considerarlo un hombre que se parte el alma con cualquiera, y más con el asesino de su hermano, a quien siempre, según contaba, había perseguido y que siempre le huía. Luego los vecinos habían hecho bien en avisarle; pero el Cuarenta y Cinco... ¿para qué habría venido sabiendo que allí vivía él? Debería matarlo sólo por haber venido.

De la mesa saltó otra frase:

—¡Hay gallos que nomás andan picoteando y nunca se deciden a saltar!

Y tras esa frase volvió el silencio duro, expectante.

TRÓPICO

Sebastián quiso contestar algo, pero, por primera vez en su vida, no encontró la frase oportuna. El silencio le pesaba, lo impulsaba a contestar, pero no encontraba las palabras, temía que la voz le temblara y, agachando la cabeza, calló como si no hubiera oído.

Lo único que quería era irse afuera, al aire abierto del platanar: lo que allí le pasara no había de ser tan terrible. Tal vez pudiera hacerlo: en dos pasos se pondría fuera de la cantina, cerraría la puerta de un empujón y se refugiaría en el platanar. Antes que lo alcanzara un tiro ya se habría perdido de vista y habría encontrado la vida. Pero Sebastián Constantino llevaba a cuestas su orgullo: él era un macho ante todo y nunca se había cuarteado a la hora de matarse con alguien; pero jamás había sentido miedo y ahora sí lo sentía; sabía que éste era su último pleito y no quería morir. Había visto a tantos: cómo se quedaban con las piernas encogidas dentro del calzón blanco, la mirada desorbitada en los ojos opacos y las manos crispadas; había visto eso de cerca muchas veces y, por eso mismo, no quería pasarlo; pero sabía que ahora le tocaba a él y que no había nada que lo pudiera impedir.

Trató de alejar estos pensamientos, pues si se ponía nervioso la cosa iba a ser mucho peor; así que más valía pensar en algo muy distinto: dejó que sus ideas vagaran libremente mientras observaba de reojo los movimientos de su enemigo.

De pronto se dio cuenta de que sus ideas se habían fijado en algo muy lejano que se le había olvidado totalmente o, por mejor decir, que no había recordado nunca. Aquello sucedió una noche, cuando la Revolución. Él era apenas un niño y vivía con su madre en una casita a la orilla del camino. Faltaba poco para el amanecer cuando alguien tocó fuertemente en la puerta; su madre le tapó la boca y no contestó nada, y él sintió un miedo terrible en la espalda. Volvieron a tocar en la puerta y él quiso gritar, pero la mano de su madre se lo impedía. No volvieron a oír nada, pero hasta que los gallos anunciaron el alba estuvo temblando.

¿Por qué le había nacido este recuerdo? No entendía el porqué y no quería pensar en esas cosas, que le parecían tontas en un mo-

LA MEDIA HORA DE SEBASTIÁN CONSTANTINO

mento de tanto peligro. Más valía olvidarlas y ocuparse en vigilar al contrario.

Otra vez sus ideas, sin que él pudiera controlarlas, se volvieron a fijar en un punto sin importancia de su vida. Una noche, en tiempo de aguas, atravesaba un río a caballo. Claramente veía aún ahora la silueta de los dos macizos de selva encañonando la corriente y sentía el agua gemir abajo. Recordaba cómo al entrar al río había botado su cigarrillo a medio consumir y el chasquido que éste había hecho al apagarse en el agua. Cuando estaba casi en la mitad de la corriente sintió que su caballo se atoraba, que la corriente era más poderosa que él y que se lo iba a llevar. En ese momento se oyó, cercano, el grito doloroso del tigrillo, como el grito de una mujer en parto. Entonces sintió un miedo terrible que le corría por la espalda. El caballo volvió a pisar en firme y aquello no tuvo importancia.

Cuando se dio cuenta de que pensaba en esto se enojó consigo mismo. De nada le servían esos recuerdos inútiles que nunca había tenido hasta ahora y que se le representaban con tanta claridad, como cosas dignas de retenerse en la memoria. Más lógico fuera, en tales momentos, pensar en los hombres que había matado, y trató de hacer una lista de ellos.

El primero fue aquel muchacho empleado de la estación que le floreo a la hembra. Casi no se cruzaron palabras y de un tiro lo dejó seco sin sentir nada especial: sólo tal vez cierto orgullo al saberse macho, digno de alternar con cualquiera. Después, ese mismo año, se quebró al alemancito que lo provocó estando borracho. Ésa fue la primera muerte que hizo a sangre fría después de muchas frases ambiguas; y esa muerte le inspiró asco cuando el alemán, al caer, revolvió su sangre limpia con vómito. Trató de pensar en el tercero, pero le surgió otro recuerdo. Un día, atravesando el río de Huixtla, sobre el puente del ferrocarril, oyó el silbato de la máquina que venía a toda prisa, se volvió y la vio aparecer en la curva con su penacho de humo blanquecino. Aún ahora recordaba el número pintado en blanco al frente, sobre la farola

TRÓPICO

negra: el 1004. Cuando vio hacia adelante todo lo largo del puente, sintió un miedo terrible y maquinalmente echó mano a la pistola sin saber para qué la iba a necesitar, pero la máquina se detuvo en la toma de agua y aquello fue un incidente sin importancia.

«¡Maldita sea mi suerte! —pensó casi en voz alta—. ¿Por qué me vendrán estos recuerdos tan tontos, tan olvidados ya? Mejor seguiré pensando en los que he quebrado y eso me dará valor.»

De la mesa surgió otra frase:

—Un toro caviló tanto su embestida que por fin corrió.

Sebastián tampoco pudo contestar. «Ojalá y me atacara pronto —pensó— y no se ande con más frases.»

Pero el Cuarenta y Cinco no tenía ganas de apurarse, y Sebastián, sin verlo, sabía que aquél platicaba despreocupado con sus amigos, con la calma del hombre que está seguro de lo que va a hacer y de que ese hecho no representa para él ningún peligro.

«Si él se cree seguro —pensó Sebastián—, es que confía en que me va a matar. Sí, me va a matar, y éste es el último pleito, la última hombrada que hago.» De pronto, los ojos se le fijaron en las manos que le temblaban ligeramente, y le parecieron las manos de otro hombre. A él, a Sebastián Constantino, nunca le habían temblado las manos, como tampoco nunca le había temblado la voz, ahora temblorosa como un venadito agazapado en su garganta. Eso era miedo, y la sola idea lo llenó de pánico. Más le valía volver a pensar en los que había quebrado y asegurarse así de que ahora, como tantas otras veces, no le pasaría nada. Volvió a recorrer la lista: el muchacho de la estación, el alemancito borracho, el cabo que quiso impedir una partida de gallos, el...

Cuando se dio cuenta ya estaba rezando en lo más hondo de su alma con palabras que creía olvidadas y que ahora recordaba claramente. No le pedía a Dios que lo librara de morir: pedía solamente que el Cuarenta y Cinco se apurara, que se levantara ya de la mesa antes que él, Sebastián Constantino, saliera huyendo deshonrado. Un hombre de clase no puede huir nunca. Esta frase se la repitió y se la repitió hasta que perdió el sentido; pero sus pier-

LA MEDIA HORA DE SEBASTIÁN CONSTANTINO

nas se movían, querían llevarlo a la seguridad intrincada del platanar, ansiaban la carrera, y él no sabía si podría contenerlas.

Entonces se le ocurrió que tal vez él pudiera provocar. Eso es lo que debía hacer: acercarse a la mesa lentamente, empujar una o dos sillas llevando los ojos clavados en los del Cuarenta y Cinco y la mano sobre la culata de la pistola. Ya junto a la mesa diría una de esas frases que lo habían hecho célebre, que se repetían por toda la costa. Entonces, el otro se levantaría, los amigos se echarían atrás y sonarían los disparos. Esto era lo que había que hacer, aunque él fuera el muerto. Si se tardaba un poco iba a salir corriendo, y más valía provocar luego y quitarse de tantas angustias.

Ahora comprendía el miedo de aquel muchacho cuando se preparaba a combatir. Aquel día no lo comprendió y le pareció ridículo, le dio rabia el ver que un hombre, joven aún y fuerte, tuviera tanto miedo. Claramente veía ahora la frente sudada, las manos pálidas y húmedas, la mirada atónita de aquel muchacho que él lanzó a la muerte por una cuestión tonta de palabras.

Pero ¿por qué en ese momento habían de venirle esos recuerdos? Ya estaba decidido a provocar, y lo mejor era adelantarse lo más pronto posible y acabar de una vez, pero sus piernas no avanzaban: temía que el temblor de la voz delatara su miedo.

La del cantinero le sonó al oído:

—Ya el Cuarenta y Cinco está muy borracho.

Ése era el momento oportuno. A la próxima frase iría a la mesa y, si le temblaba la voz, bastaría con barrer de un manotazo las copas que estaban encima.

La frase salió dura y cortante en un silencio:

—Hay toros que escarban y escarban y luego... ¡nada!

Ése era el momento. Pensó su frase, que debería ser algo así: «Pierda cuidado, amigo: cuando ojeo un venado, no se me va».

Ésa era una buena frase; y había que decirla, o decir algo mejor aún. Ya la tenía preparada; sabía cómo iba a pronunciarla; ya iba a adelantar un pie, pero algo lo retuvo apoyado en el mostrador;

TRÓPICO

y allí quedó, la cabeza agachada, sin poder moverse. La risa del Cuarenta y Cinco, cuando renació la charla, sonó bronca y recia.

—Virgen Santísima —rezaba Sebastián Constantino—, no me quiero morir.

Ahora ya no tenía miedo a su miedo: tenía miedo a la muerte, al chorro de sangre, a las detonaciones, a las piernas encogidas.

«Hay que madrugar a éste —pensó—, hay que madrugarlo sin provocación.» La frase se le quedó pegada en la garganta como una tos mala. Un macho no madruga nunca, por lo menos en público: se mata frente a frente, en el momento debido, con la frase picante en los labios. Pero él ya no podía hacer eso: el miedo se le había metido dentro y ya no era un macho que juega con la muerte: ahora era un vulgar cachuco traicionero que sabe acechar la ocasión y aprovecharla. No le quedaba más remedio que ése: matar a la mala, de madrugón.

Tratando de no hacer ruido, de no moverse casi, sabiéndose observado, sin ver a su enemigo, fue sacando poco a poco la treinta y ocho Colt. Sintió las diecisiete rajadas, el metal frío; pensó en los cartuchos brillantes con sus centros rojos. Teniendo ya casi toda la pistola fuera, se volvió rápidamente; pero no llegó a disparar:

Al Cuarenta y Cinco no lo madruga nadie.